



Carmen y Leopoldo

410295

Durante la gala de transmisión del mando en el Centro Cultural Estación Mapocho pude abrazar, después de demasiados meses, a Carmen Orrego, nuestra poeta, entrañable amiga de tantas jornadas en España, pero sobre todo mujer, musa, compañera, guía y fortaleza del también entrañable y entrañable Leopoldo Castedo. "He echado de menos tu visita", me dijo, con un dejo de tristeza y de cariñoso reproche que a Ivonne y a mí nos llegó al centro del pecho. ¿Qué podía argumentar que fuera de verdad relevante para disculparme por no haberme acercado a verla en todo este tiempo luego de la muerte de Leopoldo? "He tenido muchos viajes", le dije. "Sí, pero no todo el tiempo", me replicó suavemente, con esa voz sensual y envolvente que siempre ha tenido y siempre tendrá.

Desde ese momento no he dejado de pensar en lo poco que expresamos nuestros afectos, lo lejanos que vamos haciendo cuando no nos unen actividades concretas, como las que nos llevaron a conocernos y trabajar con Leopoldo y Carmen en Madrid, lejos del Chile autoritario cuyo recuerdo cotidiano era sangrante para un hombre

como él, republicano, sobreviviente de la guerra civil, emigrante del Winnipeg de Neruda, amigo de García Lorca y los demás.

Curioso mundo posmoderno: no nos deja espacio para vivir los afectos si no están asociados a un motivo pragmático, a unos actos convocantes concretos. Dejamos de vernos con frecuencia con Leopoldo y Carmen justamente cuando todos regresamos a Chile, o sea, cuando quedó satisfecho uno de los motivos que nos hacía reunirnos en Madrid. Pero eso no significó dejar de querernos, sólo que de lejos, unos —yo— inmerso en el activismo de la gestión pública y otros —ellos, Carmen y Leopoldo— en lo de siempre: afortunados creadores de textos bellos, de relatos históricos, de preciosas fotografías de América, de miles de metros de película de 8 mm o, en el mejor de los casos, de 16 mm hecha en las caminatas intercontinentales de Leopoldo, como esa de Machu Picchu, que genialmente combinó con imágenes inéditas y exclusivas de Neruda en Isla Negra, y que presentamos juntos en el auditorio del Colegio Mayor Chamínade, una fría tarde madrileña ante cientos de

universitarios españoles y unos cuantos exiliados chilenos y latinoamericanos.

Tampoco es que no nos encontráramos de tanto en tanto, especialmente en algún lanzamiento de un libro, o en los cócteles de celebración del 12 de octubre, o cuando vinieron los Reyes. Leopoldo, cuando murió, estaba como siempre lleno de proyectos y con un entusiasmo renovado luego de vencer el cáncer. "[Mírame como estoy]", me dijo con euforia juvenil un día en el Club de la Unión cuando asistimos a una recepción de Jordi Pujol. —¡Ya lo he vencido y estoy como siempre!— agregó con su acento inconfundible. Leopoldo siempre iba a estas recepciones y otras, en Madrid o en Santiago. No como hacen muchos, por figurar. El lo hacía por conversar, por ver a los amigos, porque era un gran, gran conversador, ameno, lleno de recuerdos vivos y anécdotas múltiples de personas y personajes. Todos gozábamos con sus relatos, tanto por lo que contaban, como por la forma en que los hacia.

Gracioso, fluido y detallista, estoy convencido de que conquistó a Carmen con algún cuento y que toda su vida

juntos fue un largo, gracioso y detallado relato. Carmen, profunda, con sus ojos claros que te atraviesan y que te dejan ver su alma pura, fue una firme compañera de Leopoldo, desde su suavidad y su enorme carácter, con frases rotundas y juicios acertados. Una vez me dijo sobre España: "Un hermoso país, con cuarenta millones de sordos". Esa España en la que pasaba largas temporadas no sólo acompañando a Leopoldo, sino afinando los poemas escritos en Chile y creando otros.

"Entre Nosotros", se llama el libro de poemas que tuve el honor de presentarle a Carmen en el Instituto de Cooperación Iberoamericana en la avenida de los Reyes Católicos. Cometí un grave error que no he vuelto a repetir: al presentar a Carmen Orrego, dije, "la poetisa". Ella, sentada a mi lado, con gran dignidad y sin mirarme, delicada pero firmemente me susurró: "No me dévaldes. Soy una poeta". Así son Leopoldo y Carmen. ¡Cómo no quererlos, aunque sea de lejos, porque esta vida agobiante no nos deja espacio para demostrarlos como es debido?

Héctor Casanueva

DIRECTOR La Segunda 28 - 111 - 2000 P.8	EDITORIA: Cristián Zegers Arizúa Servicios Informativos Pilar Vergara Tagle	REPRESENTANTE LEGAL: Luis Felipe Lehuedé F.	DIRECCION: REDACCION Y TALLERES Avda. Santa María 5542 Fono 3301111 (Mesa Central)
---	---	---	---

Carmen y Leopoldo [artículo] Héctor Casanueva

Libros y documentos

AUTORÍA

Casanueva, Héctor

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carmen y Leopoldo [artículo] Héctor Casanueva

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile